

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Nº X, Vol. 2, 2006: 41-72
ISSN: 0717-5248

MIRADAS POLÍTICAS DE LA ELITE EN UNA ZONA DECADENTE. EL NORTE CHICO ENTRE 1880 Y 1900¹

Pablo Rubio Apiolaza²

RESUMEN

Desde la década de 1880, es posible distinguir en las provincias de Atacama y Coquimbo una aguda decadencia económica y social, debido fundamentalmente a la crisis de su principal actividad exportadora, la minería. Esto tuvo su correspondencia en el ámbito político nacional, donde el impacto real de estas provincias se vio seriamente disminuido en comparación a su activo protagonismo de mediados de siglo. Este trabajo analiza, a través de coyunturas específicas, los aspectos más importantes de la “decadencia política”, enfatizando en la huelga general de 1890, la guerra civil de 1891, la violencia social y las peticiones por políticas públicas a fin de superar la crisis de estos espacios nacionales.

Palabras clave: Historia local- decadencia- historia política- regionalismo

ABSTRACT

Since the 1880's decade, the districts of Atacama and Coquimbo went through a great social and economic depression, mainly because of the crisis in their most important exporting activity, mining. This had its counterpart in Chilean politics, the real importance of these provinces was seriously diminished, in comparison to the active role that they had in the middle of that century. This study, analyses, through a specific moment in time, the most important aspects of the “decadence of politics”, emphasizing on the 1890 national strike, the 1891 civil war, the social violence and the requests for public policies to end the crisis of these regions.

Key words: Local history- decadence- political history-regionalism

¹ Este trabajo forma parte de los resultados del proyecto FONDECYT N° 1060176, patrocinado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, CONICYT.

² Programa de Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile. El autor agradece los comentarios y sugerencias de los profesores Luis Ortega e Igor Goicovic.

LA DESESPERANZA y la desdicha fueron dos características que marcaron la vida de los habitantes del norte chico desde mediados de los años setenta del siglo XIX. Las provincias de Atacama y Coquimbo, otrora pujantes en el marco del primer auge exportador chileno, habían caído en una crisis que parecía sin salida.³

En esa óptica, este artículo plantea que el retroceso económico y social de las provincias en cuestión también alcanzó al ámbito político. Concretamente, la incidencia del norte chico en la política nacional y sus grandes ejes de conflicto y convivencia se vio sumamente disminuida durante esta gran coyuntura que se extiende entre 1880 y 1900; lo que es posible verificar en coyunturas específicas de tan distinto carácter, como la huelga general de 1890 y la guerra civil que al año siguiente provocó la caída del presidente Balmaceda.

Atrás quedaron tiempos en los cuales el norte chico jugaba un rol sumamente activo en una pluralidad de dimensiones. Por de pronto, desde esta dimensión política, las provincias de Atacama y Coquimbo fueron de suma relevancia en la formación de una determinada “modernización política”, donde además se manifestaron procesos de diferenciación regional. Fue ese espacio el escenario protagónico de dos sucesos que tuvieron una amplia repercusión; en primer lugar de las guerras civiles de 1851 y 1859, conflictos que, cada uno con sus particularidades y diferencias, pusieron en tela de juicio la supuesta estabilidad de la estructura estatal chilena y demostraron lo fragmentada que estaba la sociedad en esos primeros decenios de desarrollo republicano.⁴

En segundo término y derivado especialmente de las consecuencias del conflicto de 1859, el norte chico presenció el nacimiento de una burguesía ideológicamente laica y hasta cierto punto progresista, que se manifestó en la fundación del Partido Radical a comienzos de la década de 1860. Los hermanos Gallo y Matta, especialmente los primeros, fueron apasionados defensores “regionalistas” de las provincias del norte chico, las que

³ La crisis general de la economía en la década de 1870 es tratada por Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica en Chile 1830-1930*, Madrid, 1982 y Luis Ortega, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión. 1850-1880*, DIBAM, Santiago, 2005. Sobre el impacto regional véase Steven Volk, “Crecimiento sin desarrollo: los propietarios mineros chilenos y la caída de la minería en el siglo XIX”, en Inés Herrera, *Minería americana colonial y del siglo XIX. Serie Historia Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, 1994.

⁴ Acerca de las guerras civiles véase Maurice Zeitlin, *The civil wars in Chile (Or revolutions bourgeoise that never were)*, Princeton, 1984, Pedro Pablo Figueroa, *Historia de la revolución constituyente (1858-1859)*, Valparaíso, 1884, Agustín Edwards, *Cuatro presidentes de Chile*, II Vols. Valparaíso, 1932. Sobre la participación popular en esos conflictos véase Sergio Grez, *De la regeneración del pueblo a la huelga general. 1810-1890*, DIBAM, Santiago, 1997, Luis Vitale: “Las Guerras Civiles de 1851 y 1859 en Chile”, Cuadernos de Investigación, Serie Historia Social 1. Universidad de Concepción. Instituto Central de Sociología. 1971, María Angélica Illanes, “¿Rabia o Revolución? Guerra civil en Chañarcillo. (Chile, Atacama. 1851-1852)”, Revista Si Somos Americanos, pp. 239-254, Volumen IV, año 3, Hernán Venegas Valdebenito: “Concertación Empresarial y trabajadores mineros en una economía en Transición- Copiapó 1848-1865”, Tesis para optar al grado de Magister Artium en la mención de Historia. Universidad de Santiago de Chile. Departamento de Historia. 1989 y Claudio Pérez, “Revuelta popular y motines peonales en el Norte Chico. Copiapó en el contexto de la Guerra Civil de 1851”, Tesis para optar al grado de Magister en Historia. Universidad de Santiago de Chile. Departamento de Historia. 2006.

representaron en el parlamento y en los gobiernos locales desde fines de los años cuarenta. Junto a otros, ellos constituyeron el núcleo originario del radicalismo chileno, organización que tuvo una vital influencia en diversos procesos políticos durante el siglo XX.

Pero aquella “edad de oro” derivó treinta años más tarde hacia una total relegación de estas provincias mineras, respecto a los grandes hechos políticos ¿Qué habrá pasado en el intertanto? ¿Dónde habrá quedado esa incidencia política que alcanzó ribetes nacionales en las guerras civiles y en la formación del radicalismo? Un periódico publicado en Copiapó ayuda a esclarecer estas dudas, advirtiendo acerca de los alcances de una profunda crisis económica que afectó a toda la zona en sus múltiples aristas.

Realizando un diagnóstico del comportamiento de la actividad minera, se sentenció que

“El estado actual no es el más halagüeño que digamos, casi en todos los minerales tanto de plata como de cobre, se advierte un broceo general. Chañarcillo, el opulento Chañarcillo, que ha dado tantos millones, tiene casi todas sus minas entregadas a pirquén, trabajo que antes de ser provechoso a una faena la destruye e inutiliza completamente. Otro tanto puede decirse de Tres Puntas, Garín, Ladrillos y varios minerales de plata que actualmente se pirquinean. Por otra parte, la baja en el precio del cobre ha desalentado un tanto a los mineros; y como también estas minas están el mismo estado, resulta, pues, que los industriales se resuelven a suspender sus trabajos antes que exponerse a perder sus haberes.”⁵

Como es posible desprender de esa pesimista crónica, la crisis que afectó al norte chico fue ante todo económica, repercutiendo en particular sobre su principal actividad y motor de desarrollo: la minería, especialmente de cobre y de plata. Quince años más tarde, hacia 1890, la situación no mejoró y al contrario, la minería empeoró sus índices, como lo planteó la siguiente referencia:

“Las ventas de cobre en barra, aquí, han sido insignificantes; actualmente no hay cotización fija; igual como ha sucedido con la plata barra; pero los vapores del estrecho han embarcado en el norte fuertes remesas de esta, la mayor parte de Huanchaca.”⁶

Tomadas estas variables en conjunto, más otras que completan el cuadro, puede sostenerse que la sociedad del norte chico se consolidó después de 1880 como una sociedad en decadencia. Como debe esperarse en estos casos, no sólo las provincias decayeron desde el punto de vista del orden productivo como tal, sino que también experimentaron un descenso demográfico importante, si se toman en consideración los censos desde 1865 en

⁵ *El Constituyente*, Copiapó, 22 de abril de 1874.

⁶ *El Atacameño*, Copiapó, 25 de octubre de 1890.

adelante, donde incluso hubo retrocesos en la población de ambas provincias, con especial énfasis en los centros más relacionados con la actividad minera.

Es más, la crisis general también se manifestó con toda su crudeza en otras dimensiones. En 1888 la ciudad de Copiapó y sus alrededores fueron escenario de una terrible epidemia de cólera y el 13 de julio de ese mismo año un inédito temporal de lluvia dejó a 300 familias damnificadas; eran los signos de una evidente situación que también se extendió a la provincia de Coquimbo y su poderosa industria minera desarrollada desde mediados del siglo XIX.⁷

Pero el objeto de estudio de este trabajo no es en estricto rigor el fenómeno de decadencia económica y social en el norte chico, aunque sus fundamentos se relacionan cercanamente con sus efectos. Más bien, se persigue analizar antecedentes del conflicto político local y específicamente cómo asumieron las elites los ejes principales de la lucha ideológica en el momento de esta declinación general. El trabajo se plantea en especial para la coyuntura representada por los años 1890 y 1891; aunque se aventura en sugerir algunos planteamientos que se proyectan de ese período histórico, en especial entre 1880 y 1900.

En particular, se enfatiza en el desarrollo de dos fenómenos que alcanzaron un impacto nacional pero que en las provincias de Atacama y Coquimbo, extrañamente, no tuvieron un desarrollo que merecería ser catalogado de, a lo menos, decisivo: La huelga general de 1890 y la guerra civil de 1891. Se pretende entonces reconstruir el conflicto político en ese espacio regional a través de las opiniones de la oligarquía local, pero de forma más importante verificar el impacto y las interpretaciones que estos grupos realizaron de la realidad regional, así como nacional. Este es un ejercicio complejo, puesto que no existe un recuento historiográfico sistemático de la política local que dé cuenta de sus ejes de conflicto y convivencia más relevantes.

¿Existe un procesamiento de la “decadencia política” que afectó a las provincias de Atacama y Coquimbo desde 1880 en adelante? ¿Cuál fue la visión de país que articularon las elites locales desde sus respectivas provincias en cuanto a los problemas nacionales y regionales?, son algunas de las interrogantes planteadas para este trabajo.

En el trasfondo de todo esto se encuentra la intención de valorar el estudio de la política regional y considerarla como un ámbito desde donde identificar y analizar los principales ejes de la política nacional, a fin de otorgarle una mayor riqueza y densidad histórica.⁸ Por ello se pretende recoger los antecedentes de fenómenos como la guerra civil y la huelga de 1890 a través de estas miradas regionales, para de ese modo entender con mayor claridad el desarrollo de esos fenómenos y más importante todavía, reconocer en esos espacios regionales la manifestación de luchas políticas y sociales que en el siglo XX se hicieron más generalizadas.

⁷ Oriel Alvarez, *Atacama de plata*, Ediciones Todamérica, sin lugar de publicación, 1979.

⁸ Igor Goicovic, “Disciplinamiento represivo y amotinamiento colectivo en un dispositivo militar decimonónico. Illapel, 1885”, *Revista de Historia* Año 15, Vol. 15, 2005, Universidad de Concepción, p. 98.

En cuanto a las fuentes utilizadas, para el desarrollo del conflicto político se utilizaron historiadores clásicos y bibliografía general, mientras que en lo referente a las “miradas” de la oligarquía se revisaron periódicos regionales de un amplio espectro ideológico, como *El Atacameño* y *El Amigo del País* de Copiapó. Mientras el primero fue de orientación liberal avanzada cercano al radicalismo, el segundo fue el medio del Partido Conservador en Atacama. Por otro lado, se trabajó con los periódicos *El Coquimbo* y *La Reforma* publicados en la ciudad de La Serena, representantes del Partido Radical y del liberalismo balmacedista respectivamente.

A su vez, se revisaron los *Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados y del Senado*, en este mismo período histórico. Esto es fundamental debido a que los pronunciamientos de los parlamentarios de la zona, sirven para verificar la acogida que sus propuestas tuvieron en la institucionalidad nacional. Las discusiones parlamentarias, en definitiva, representan el conflicto político desde un sentido más de “lucha”, tremendamente necesario para retratar de una forma más coyuntural la situación provincial de Atacama y Coquimbo.

Estas fuentes se compulsaron íntegramente durante esos dos años, aunque algunas de ellas se revisaron hasta 1900, en especial los periódicos serenenses, que entre 1880 y 1900 muestran una serie de hechos de violencia pre-política –bandidismo, salteos- que es necesario exponer para aclarar el cuadro de crisis social y las consecuentes miradas de la elite local sobre estos actos. La revisión se extendió también para algunos boletines de la Cámara de Diputados.

Metodológicamente, en esta oportunidad se optó por seleccionar de las editoriales, crónicas, reportes y discursos parlamentarios, contenidos que dieran a conocer las visiones y la valoración de la lucha política desarrollada entre 1890 y 1891, método que también ayudó a la reconstrucción de esas coyunturas en cada una de las provincias. Se seleccionaron tanto sus miradas e impresiones acerca de la región en estos conflictos, como su posicionamiento en el ámbito nacional respecto de los dos momentos considerados en este trabajo.

Se eligieron también algunas referencias a otros sectores sociales como los actores populares y sus principales acciones colectivas del período. Lo cual permite formarse una idea de una eventual “cuestión social” regional y de sus formas para enfrentar la desobediencia expresada en algunas amenazas de revueltas; o acciones efectivas de violencia popular.

También se escogieron pronunciamientos a la profunda crisis económica-social que atravesó a las provincias del norte chico después de 1880, en especial en los discursos parlamentarios. Sus visiones acerca del diagnóstico de la crisis de la minería y de la sociedad regional, las principales soluciones propuestas y el reclamo por políticas públicas que beneficiasen a la zona y a sus habitantes son algunos de los ejes que considera la metodología que se presenta.

La propuesta central de este artículo, se puede resumir como sigue. Las provincias de Atacama y Coquimbo habrían experimentado un profundo proceso de “decadencia

política”, entendido como una pérdida del impacto de la política regional en el ámbito nacional. Las provincias del norte chico, como producto de su evidente crisis económica, social y demográfica, dejaron de constituir un referente obligado para el devenir del conflicto político nacional y pasaron a transformarse en provincias secundarias con una mínima incidencia en los grandes fenómenos políticos. Desde ese momento experimentaron una dura transición desde vanguardia a retaguardia, en lo que a impacto político se refiere.

En cuanto a los discursos de parlamentarios locales, se enfatiza en sus opiniones acerca de las iniciativas que elevan al gobierno central, la presencia de peticiones por políticas públicas y las visiones de un eventual “aislamiento” regional. La presencia de tendencias regionalistas parece ser la consecuencia directa de este “pseudoaislamiento”.

Esta transformación histórica – de vanguardia a retaguardia política- representa un abismal contraste con la fuerte influencia que ejercieron las provincias, y precisamente su elite regional en la guerra civil de 1859 y en la fundación del primer partido progresista de Chile, el radical; hechos que tienen un impacto simbólico para algunas elites regionales, hasta bien avanzado el siglo pasado.

Para el caso que aquí se enfatiza –la coyuntura 1890-1891-, la influencia del norte chico fue casi inexistente, e incluso puede sostenerse que su participación fue subordinada a la importancia que adquirieron estos conflictos en otras zonas del país; en especial al pujante norte grande, espacio donde se inició originariamente la huelga general y donde se libraron decisivas batallas en la guerra civil de 1891, como la de Huara y Pozo Almonte.⁹ La “decadencia política” del norte chico, en consecuencia, se manifestó a contrapelo respecto a la importancia de esos dos procesos entre 1890 y 1891.

LA HUELGA DE 1890: EL FRUSTRADO ALZAMIENTO Y VISIONES DE UNA “CUESTIÓN SOCIAL”

Uno de los desafíos más serios que debió afrontar el estado oligárquico chileno en el siglo XIX, fue la huelga que se extendió durante el mes de julio de 1890. Esta se declaró primeramente el miércoles 2 de julio en los lancheros del puerto de Iquique, para luego desarrollarse en toda su amplitud en el norte grande, abarcando ciudades tan importantes para la época como Antofagasta y Taltal.

Posteriormente, la huelga llegó a manifestarse en partes importantes de Valparaíso, en particular en los trabajadores del puerto como los lancheros y estibadores. Desde esos espacios, el movimiento se extendió de una forma secundaria hacia otros rincones de Chile.

Luego de largas tres semanas de conflicto, la huelga se diluyó entre los días 24 y 25 de julio, entre las heterogéneas demandas de sus protagonistas, que incluían poner fin al

⁹ Julio Pinto, “El balmacedismo como mito popular: Los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891” y Enrique Reyes, “Los trabajadores del área salitrera, la huelga general de 1890 y Balmaceda”. Ambos en Luis Ortega (Editor), *La Guerra civil de 1891. Cien años hoy*, Departamento de Historia, Universidad de Santiago, Santiago, 1991, pp. 85-107 y 109-126, respectivamente.

sistema de fichas, la prohibición del cobro por el agua para beber, el derecho a petición y asambleas, entre otros puntos.¹⁰

No obstante, la masividad de este movimiento social adquirió una magnitud tal, que los autores especializados en el análisis de este fenómeno no han tenido dudas en considerarla como la primera huelga general en la historia del país.¹¹

Las provincias de Atacama y Coquimbo se mantuvieron totalmente ajenas a este importante fenómeno que representó uno de los primeros indicadores del nacimiento de un combativo movimiento obrero en el país. La pasividad con que los trabajadores afrontaron esta primera huelga general, de acuerdo a las visiones de las principales fuerzas políticas regionales, contrasta de una manera radical con la movilización de los trabajadores del norte grande.

Sin embargo, las visiones de la elite local no se hicieron esperar, respecto a cómo afrontar una inminente escalada huelguística que había alcanzado niveles importantes en otros espacios. En sus respectivos espacios de prensa, los principales partidos políticos emitieron distintas opiniones acerca de los acontecimientos que asolaban a buena parte del país.

A poco más de una semana de iniciadas las movilizaciones en el norte grande, rápidamente una parte de las directivas políticas emitieron sus primeros juicios. Por ejemplo, el periódico serenense *El Coquimbo*, propiedad del Partido Radical de esa provincia, editorializaba en una columna titulada *Todavía no hai solución*, que

“La huelga de los operarios de Iquique, primer síntoma funesto de una profunda perturbación social, preparada, según se asegura, por propósitos políticos que serían en alto grado criminales, ha venido a recargar más todavía el cuadro sombrío de esta situación desesperante, que compromete la estabilidad de las instituciones i del buen nombre del país... ¿Qué pasará? Nadie puede saberlo, pero puede presumirse, por lo que sucede en Iquique, que la anarquía no tardará en presentar su horripilante faz con su cohorte de crímenes sin cuento, con sus vándalos actos contra la vida i la propiedad i con sus perturbaciones tremendas que traen consigo la estagnación y el retroceso.”¹²

Si se revisan estas primeras visiones es posible distinguir algunos indicios de una posición explícita acerca de la “cuestión social”, aunque una opinión más acabada se formó a medida que los acontecimientos se desarrollaban en forma gradual. También se

¹⁰ Enrique Reyes, *op cit.* p. 104.

¹¹ Para un análisis general del conflicto de 1890, véase los trabajos de Sergio Grez, *De la regeneración del pueblo, op cit.* y Julio Pinto, “1890: un año de crisis en la sociedad del salitre”, Cuadernos de Historia N°2, Santiago, 1982.

¹² *El Coquimbo*, La Serena, 10 de julio de 1890.

aprecia en estas primeras editoriales de la primera quincena del mes de julio, la manifestación no sólo de un conflicto de características sociales sino uno de rasgos políticos e institucionales.

Las posiciones dominantes del periódico radical tenían como patrón común el rechazo de las acciones colectivas más violentas que asolaron una buena parte del país. En una columna titulada *La anarquía*, los radicales se mostraron sumamente temerosos de una situación que pusiera en riesgo el orden social imperante. Sostuvieron que

“Los deplorables sucesos de Iquique, que manifiestan que en nuestro organismo social i político se ha infiltrado ya el jermen destructor de las huelgas de obreros, o sea la lucha incesante entre el salario i el capital.... Nada habríamos tenido que decir si los huelguistas se hubieran contenido en los límites del orden y de la legalidad. Estaban en su derecho para pedir mayor salario, si es que se les paga es insuficiente i mezquino, pero sus peticiones debieron estar revestidas del ropaje que necesita el derecho cuando desea surgir i no de la violencia que quiere imponerse.”¹³

En la misma columna, los radicales serenenses relacionaron directamente las acciones de los sectores involucrados en la huelga con actos de signo anarquista. Definitivamente, en estas primeras visiones puede distinguirse claramente un discurso de carácter sumamente conservador, puesto que agregaron lo siguiente:

“... las pandillas de huelguistas... han impedido el trabajo en los establecimientos i oficinas que no formaban parte de la huelga; han asaltado los almacenes de víveres i de licores; han envenenado las casas de las oficinas salitreras i han saqueado las tiendas de las mismas i han herido y golpeado i asesinado a los defensores de la propiedad amagada.”¹⁴

La huelga no se concibió entonces como un necesario indicio de las desigualdades sociales o como la explicitación de demandas que demostraban lo plural que se había transformado la sociedad chilena. De acuerdo a *El Coquimbo* en estos primeros días, la huelga tendría un carácter netamente político y en ese sentido las mayores responsabilidades recaían sobre la administración del presidente Balmaceda.

En una coyuntura de creciente conflicto institucional entre la oposición congresista y el presidente de la República, la huelga de 1890 sería, de acuerdo a la visión del periódico, una estrategia del gobierno balmacedista para desviar la atención del conflicto institucional. Frente a ello sostuvieron que “Si el gobierno quiere llegar a la dictadura, hágalo directamente i por medio de un golpe de estado; pero no subleve las pasiones adormecidas de los individuos inconscientes, que ese juego es una arma de dos filos que

¹³ *El Coquimbo*, La Serena, 12 de julio de 1890.

¹⁴ *El Coquimbo*, La Serena, 12 de julio de 1890.

hiere a diestra y siniestra, a los azuzadores i a las víctimas, a los interesados directamente i a los simplemente espectadores.”¹⁵ De esta manera, las primeras visiones de la elite regional del norte chico dejaron de manifiesto una concepción tradicional de lo que se entiende comúnmente por “cuestión social”.

En la nortina provincia de Atacama los síntomas de preocupación tampoco se dejaron esperar. El escenario principal de estos temores estuvieron radicados en Copiapó, la capital de la provincia y sede de los principales núcleos oligárquicos ligados la mayoría de ellos a las actividades mineras. A los pocos días de iniciado el conflicto se supo de ellos en las principales ciudades como Caldera y el mismo Copiapó. Sin embargo, sólo desde el 12 de julio comenzaron a publicarse en la prensa local las visiones de la elite regional.

Uno de los primeros pronunciamientos los inició el periódico *El Amigo del país*, representante del Partido Conservador de Copiapó. A los pocos días y después de una serie de rumores que indicaban “extraños movimientos” al respecto, se sostuvo que

“En algunos diarios del sur hemos encontrado la noticia de que en Copiapó se habría sublevado la Guardia Cívica, noticia que se recibió, según aseguran esos diarios. Harto curiosa nos ha parecido la invención, pues todos sabemos que no ha habido ni cosa parecida: al contrario, nunca ha reinado más tranquilidad que ahora en Copiapó.”¹⁶

La tónica general de los diarios copiapinos, en especial la del periódico conservador, fue prácticamente esa; socializar una imagen de “paz social” y de “tranquilidad pública”, atribuida a la capital de Atacama y sus principales ciudades de fines del siglo XIX como Vallenar o Huasco. Lo que contrasta fuertemente con su protagonismo de mediados de siglo, cuando fueron capaces de poner en jaque al estado central en coyunturas como la guerra civil de 1859.

Pero los sucesos de 1890 tomaron un cariz mucho más acelerado, llegando los huelguistas a sólo unos cuantos kilómetros al norte de la provincia atacameña. En el pequeño pueblo de Taltal precisamente, los manifestantes produjeron incendios en múltiples oficinas y reparticiones de la ciudad, lo que amenazó con extender la huelga hacia el sur, específicamente a la provincia de Atacama.

Con rapidez reaccionaron los principales medios de la provincia a esta radicalización de los acontecimientos. El *Atacameño*, vocero del Partido Radical copiapino arguyó que “... no sabemos quienes hayan sido los autores ni cuales las causas de ese incendio: dícese únicamente que él ha comenzado en la aduana de aquel puerto. ¿Serán algunos huelguistas los criminales? ¿Serán agentes del gobierno inescrupuloso?- nada podemos responder.”¹⁷

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ *El Amigo del país*, Copiapó, 15 de julio de 1890.

¹⁷ *El Atacameño*, Copiapó, 19 de julio de 1890.

Como es posible verificar en las opiniones del periódico copiapino, el conflicto de 1890 fue visualizado en un sector importante de la clase política local como uno que se relacionaba de manera directa con las tensiones políticas que dieron forma a la guerra civil, desatada desde el mes de enero de 1891.

Para El Atacameño, el conflicto fue ante todo “político-institucional”, lo cual puede considerarse una forma explícita relativa de ocultar o de no enfrentar las profundas fracturas del cuerpo social nacional. Según sus opiniones:

“Fue en Iquique, primero, en donde la mano negra del presidencialismo provocó la revuelta i fue en Antofagasta, después, en donde se imitó tan villano proceder... (esto es una) conspiración presidencialista, que, a medida que el señor Balmaceda ha ido encontrando mayor resistencia a sus planes i desmentidos mas terminantes a sus pronósticos i sus expectativas, ha apelado a peores recursos i a peores instrumentos.”¹⁸

No obstante todas estas señales de alarma en la elite local, el conflicto continuó ascendentemente; fue en esa coyuntura cuando comenzaron a circular una serie de rumores acerca de un eventual estallido social en el puerto de Caldera.

Precisamente, bajo el título de *Huelga en Caldera*, El Atacameño sostuvo que “grandes aprestos militares, sentinelas apostados de emboscada, carreras i cuchicheos, tropa acuartelada i durmiendo sobre las armas, trae alarmados a los vecinos de esta localidad”. A esta situación, el periódico conservador también reaccionó tomando una actitud análoga a la asumida por las elites de la provincia coquimbana. En concreto, señalaron lo siguiente respecto al peligro que podría significar esto para el orden social:

¿Qué es lo que pasa? Nada por lo pronto: pero se esperan terribles sucesos que de un momento a otro vengán a interrumpir la antes proverbial tranquilidad de este puerto. Caldera está sobre un volcán: el ejemplo pernicioso de Iquique, Antofagasta i últimamente Valparaíso ha acumulado día a día en el espíritu del pueblo el elemento impuro... se ha alimentado el foco incendiario del pillaje i la revuelta. Contadas están las horas: poco tiempo más, i cuando las sombras hayan tendido su negro manto, antes del primer canto de gallo, una masa de pueblo armada hasta los dientes caerá sobre la plaza de armas cual terrible avalancha...las viejas encienden velas a los santos de su devoción para conjurar tamaña desgracia, i los niños se duermen llorando de aflicción de ver a sus madres en zozobras pavorosas.”¹⁹

¹⁸ *El Atacameño*, Copiapó, 24 de julio de 1890.

¹⁹ *El Atacameño*, Copiapó, 25 de julio de 1890, *El Amigo del país*, 22 de julio de 1890.

En las miradas de la prensa atacameña en torno a estos acontecimientos, es posible distinguir una peculiaridad, cual es, un divorcio entre los temores de la oligarquía y los sucesos que realmente ocurrieron en estos espacios regionales, que manifestaban una relativa “normalidad” ajena a los hechos que asolaban a Iquique, Antofagasta y Valparaíso.

En este sentido, fueron los conservadores los más preocupados de mantener una imagen de “tranquilidad pública” respecto a Copiapó y sus alrededores; aunque claramente se explican por el profundo temor de esos segmentos sociales que percibieron casi siempre con horror las manifestaciones sociales de fines del siglo XIX.

El día 17 de julio, justamente en los momentos donde los “rumores” de una huelga estaban más generalizados, *El Amigo del país* intentaba dar una mirada tranquilizadora agregando que

“De las minas del departamento, ninguna noticia nueva hai que comunicar. Los mineros continúan su labor halagados por la esperanza, que es lo que jamás pierde el minero... La plata continúa subiendo: ahora está a 50 peniques. Bien por los mineros: de este modo podrán dedicarse a sus casi siempre ingratas tareas con la esperanza de aprovechar sus sacrificios, puesto que ellos serán mejor recompensados.”²⁰

El periódico conservador, aparentemente, fue uno de los pocos espacios regionales donde se comulgó con una visión “populista” que indicaba la necesidad de “comprender” las desfavorables condiciones sociales de los trabajadores mineros; a pesar de seguir sosteniendo una mirada “desde arriba”.

Avanzados los días, los conservadores continuaron desmintiendo las informaciones y agregaron que “los rumores de una huelga en Caldera que han llegado hasta nosotros i de que también se ha ocupado la prensa local, han sido una pura farsa. Se nos dice que en la tarde del 24 se anunció que en la noche se declararía una huelga i se señalaba como autores de ella a los trabajadores de la maestranza... La autoridad tomó las medidas del caso, ordenando que la Brigada de Artillería se trasladara al cuartel de policía i haciendo armarse a los músicos de la banda. Sin embargo, todo el mundo conservó la misma calma de costumbre i en toda la noche no se notó el menor indicio del levantamiento anunciado... El asunto no ha pasado, pues, de ser una farsa.”²¹

En consecuencia, se descartó el esperado anuncio de huelga en la provincia atacameña, lo que es un primer signo del bajo impacto que comienza a manifestar esta zona respecto de los acontecimientos políticos más importantes del período; de acuerdo a *El Atacameño*, la frustración de la movilización se habría generado “gracias a los ejercicios i hábiles medidas dictadas por las autoridades civiles i militares i rogativas de los eclesiásticos”²², complementando a su opinión que

²⁰ *El Amigo del país*, Copiapó, 17 de julio de 1890.

²¹ *El Amigo del país*, Copiapó, 26 de julio de 1890.

²² *El Atacameño*, Copiapó, 30 de julio de 1890.

“ya esta chusma inconciente, este pueblo sin Dios ni ley, sin hogar, sin familia, sin intereses que cuidar no se alzar4 gracias al yatag4n de los m4sicos i a las vainas de las espadas...”²³

Al momento de definir los eventuales protagonistas de la huelga, el diario del Partido Radical atacame4o no duda en dejar de manifiesto los temores m4s primarios de la oligarqu4a nacional. Cuando se refiere a los empleados de la maestranza, de la estaci4n de ferrocarriles y el gremio de jornaleros, por ejemplo, se sosten4a que 4stos no respetaban “los a4os de trabajo, de econom4as y de fatiga” que s4 habr4a experimentado la oligarqu4a regional. Resguardando pr4cticamente su propia sobrevivencia como clase social, sentenciaron: “Qu4 b4rbaros, nos habr4an pasado por las armas!”, en su edici4n del 31 de julio.

Adem4s, la prensa local recurri4 a la cl4sica figura del “agitador extranjero” causante de los des4rdenes p4blicos, culpando expl4citamente de provocar a algunos “ajentes extranjeros” principalmente de nacionalidad italiana, que pose4an negocios en el norte chico.

Una situaci4n similar se aprecia si se sigue el conflicto en la provincia de Coquimbo. En ese espacio tambi4n la t4nica fue la manifestaci4n de ciertos “rumores” en torno a una eventual huelga en los segmentos trabajadores m4s modernos de la provincia. La Reforma, peri4dico representante del liberalismo balmacedista, se hizo cargo de esta situaci4n y arguy4 que

“Desde hace d4as ven4a propal4ndose con marcada insistencia el rumor de que en uno de los d4as de la presente semana se declarar4an en huelga los trabajadores del establecimiento de fundici4n de minerales de cobre de Guayac4n, y este rumor se acentu4 hasta el punto de que se se4al4 el d4a de anteayer como el de principio de la huelga agreg4ndose a esto que a la huelga de los trabajadores de Guayac4n, seguir4an tambi4n la de los fleteros, lancheros, jornaleros y trabajadores de la maestranza del ferrocarril de Coquimbo.”²⁴

No obstante estas se4ales de alarma, esta supuesta huelga se declarar4a cuando el conflicto nacional estaba en franca declinaci4n, lo cual es una palmaria muestra de la decadencia pol4tica de la regi4n del norte chico.

En Coquimbo, por otra parte, las autoridades tomaron medidas para aplacar los intentos de los huelguistas. El mismo medio liberal anunci4 que, “el mismo se4or (Intendente Joaqu4n) Villarino se traslad4 a Coquimbo el d4a indicado, que era el anunciado

²³ *El Atacame4o*, Copiap4, 31 de julio de 1890.

²⁴ *La Reforma*, La Serena, 23 de julio de 1890.

como de declaración de la huelga, y tomó todas aquellas medidas necesarias para que los efectos de ella no fueran perjudiciales al comercio ni al pueblo en general...”²⁵.

El periódico del radicalismo serenense manifestó una postura similar a los medios atacameños, cual es, la de atribuir a la zona una imagen de “tranquilidad y orden público” en torno al fenómeno de la huelga. En su edición del 22 de julio, sostuvo en los siguientes términos que

“El pueblo entero está perfectamente tranquilo; no se observan esos inquietantes i sordos movimientos populares, que son los signos precursores de las huelgas... Forma contraste, pues, la perfecta tranquilidad de las autoridades que están viendo molinos de viento en todas partes”²⁶.

Finalmente, en Coquimbo y sus principales centros poblados, la huelga no llegó a declararse, tal como había sucedido en la provincia de Atacama. Pero esto no fue lo que más interés trajo a las elites políticas del norte chico. Más bien, el debate principal giró en torno al causante de estos movimientos populares (gobierno u oposición), lo que deja de manifiesto una visión más institucional del conflicto antes que el producto de los urgentes problemas de los actores populares chilenos. A la hora de caracterizar la huelga como tal, la prensa local no dudó en tacharla como “actos de insubordinación de la masa proletaria” y de culpar al gobierno o la oposición, dependiendo del medio de prensa que se trate.

Esto se tradujo en acciones concretas. Por ejemplo, la Intendencia de Coquimbo – dominada por autoridades balmacedistas- censuró a los medios *El Coquimbo* y *El Permanente*, por ser “los únicos promotores de las huelgas”, considerándolos como “sediciosos y revolucionarios”; el periódico balmacedista agregó a su planteamiento que “Los verdaderos culpables de los sucesos de Iquique, Antofagasta y Valparaíso, son los opositores. Hemos dicho con harta razón y lo sostenemos.”²⁷

De este modo, los llamados a huelga no tuvieron mayor eco en los actores populares del norte chico, fenómeno que se hizo extensivo a todas las ciudades más importantes de la zona. Si bien los miedos de la elite se manifestaron en acciones concretas para evitar el estallido huelguístico, en los hechos los sectores populares regionales se mantuvieron al margen de esta primera huelga general. Uno de los autores especializados en este tema, agrega algunos intentos de huelga en Freirina, Chañaral y Los Vilos, donde se manifestaron incidentes -con toma de rehenes incluida- debido al no pago de sueldos a los carrilanos.

No obstante, en dichas áreas no se desarrolló movimiento generalizado alguno que se equipare a la masividad vista en los grandes centros protagonistas de la huelga.²⁸

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ *El Coquimbo*, La Serena, 22 de julio de 1890.

²⁷ *La Reforma*, La Serena, 23 de julio de 1890.

²⁸ Sergio Grez, *De la regeneración del pueblo... op cit.* pp. 733-734.

Otro de los ejes más novedosos que comienzan a asomarse en esas últimas décadas del siglo XIX, se refiere a las visiones de la llamada “cuestión social”. En particular, se distingue en la mayoría de las publicaciones regionales, tanto de Atacama como de Coquimbo, una mirada que rechazó las manifestaciones populares de 1890 y no las reconoció con un criterio amplio, como sí lo hicieron algunos segmentos de la elite nacional.²⁹

Dentro de esta mirada hegemónica, sin embargo, se pueden reconocer visiones distintas, que agregan un matiz acerca de los grandes problemas de la sociedad chilena. Este es el caso de *La Reforma*, un periódico liberal de tendencia progresista, que complementó con cierta consistencia sus visiones acerca de una “cuestión social”.

Luego del término de la guerra civil y con serios problemas de bandidaje y salteos en las áreas del interior del norte chico, junto con denunciar la “falta de entereza para reprimirlos”, *La Reforma* sostuvo que:

“Los males sociales no vienen de abajo sino de arriba. En Chile existen dos clases perfectamente caracterizadas: la de los magnates del dinero y del apellido –la nobleza anidada en los bolsillos y en las venas, y la de la plebe, esto es, los proletarios y artesanos, sin apellido retumbante i sin un techo en que cobijarse. Al lado del banquero millonario, del ajiotista y del aristócrata de sangre azul, arrastran triste y a veces desesperada existencia, el camayo con su pala, con su barreta el minero, el artesano con los penosos útiles de oficio”.³⁰

De este modo, los liberales balmacedistas otorgaban varias novedades en torno a los problemas sociales más acuciantes, en el sentido de tener una visión más “integradora” de los mismos. Además, es posible sostener que este grupo regional se aventuró en una opinión netamente política.

En ese sentido, manifestaron que “por más que nos duela debemos confesarlo: ocultar los males sociales es acrecentarlos. En nuestro país hay una clase privilegiada y una clase oprimida. ¿Es esto lo que se llama república, democracia?”³¹. De este modo, tenuemente se explicita una crítica al régimen resultante de la guerra civil de 1891, el parlamentarismo.

Demás está decir que no era esta la visión de un periódico socialista o representante de los sectores populares. Era la opinión del liberalismo más avanzado de La Serena que a esas alturas ya desarrollaba una visión distinta de abordar las tensiones sociales existentes.

²⁹ James O. Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1967. También los escritos de Juan Enrique Concha y de Arturo Alessandri Palma en Sergio Grez, *La ‘cuestión social’ en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*”, DIBAM y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1995.

³⁰ *La Reforma*, La Serena, 18 de enero de 1892.

³¹ *Ibíd.*

De acuerdo al análisis realizado, es posible sostener que la huelga de 1890 tuvo una limitada influencia para la sociedad local del norte chico. Este débil impacto de las provincias de Atacama y Coquimbo en el conjunto del país, tuvo características similares en otro suceso clave de la coyuntura: la guerra civil de 1891.

EL NORTE CHICO Y LA GUERRA CIVIL DE 1891. EL PROTAGONISMO VACÍO

En lo que se refiere a esta segunda coyuntura, es preciso señalar que los principales medios del norte chico sí mantuvieron a su región informada, aunque a nivel local la situación provincial fue mucho menos importante que la que caracterizó al norte grande o la provincia de Valparaíso.³²

Desde el punto de vista político, cabe señalar que durante el desarrollo del conflicto la tendencia regional fue de resuelta oposición a Balmaceda. Aunque hay algunos casos de apoyo como en la Provincia de Coquimbo, que estuvo ocupada por varios meses por el ejército balmacedista durante varios meses, siendo la provincia “liberada” después de las batallas de Concón y Placilla.

Una revisión de la prensa regional daría más luces al respecto. Por ejemplo, El Coquimbo, de tendencia radical y ubicado en la trinchera antibalmacedista, sostenía, desatada la crisis que “El señor Balmaceda, a imitación del dictador romano Julio César, ha pasado ya el Rubicón. El famoso i anunciado manifiesto, en que arrojando por la borda la Constitución del Estado, anuncia el señor Balmaceda su propósito de gobernar sin presupuesto i de mantener el ejército sin la autorización del congreso, ha visto ya la luz pública.”³³ Continuando con el análisis del manifiesto balmacedista, agregó lo siguiente: “El Presidente de la República dicen los plumerios del dictador, se decide por el régimen representativo en lugar del parlamentario i aplauden con entusiasmo esta estúpida determinación del jefe de estado. Si mañana equiparan su gobierno al régimen al régimen implantado por el Zar de todas las Rusias o por el Sultán de Turquía, aplaudirán también con el mismo entusiasmo, con ese vivo calor con que deben enaltecerse las acciones heroicas i aplaudirse los sublimes sacrificios de los mártires de una idea.”³⁴

En efecto, la tendencia de los periódicos regionales fue mayoritariamente esta, la de catalogar el conflicto como la imposición de un régimen autoritario. Al gobierno balmacedista se le catalogaba permanentemente como una “ominosa dictadura”.

³² Para un recuento pormenorizado de los hechos, donde Atacama y Coquimbo son secundariamente tratadas, véase Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Tomo XX, Ediciones Nascimento, Santiago, 1952, pp.6-284. Además, los ya clásicos trabajos de Harold Blackmore, “Dos ensayos sobre política y salitre”, Departamento de Historia, USACH, 1991, Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución*, Santiago, 1955, y Luis Ortega (editor), *La guerra civil de 1891. Cien años hoy, op cit.*

³³ *El Coquimbo*, La Serena, 3 de enero de 1891.

³⁴ *Ibíd.*

En este criterio coinciden *El Atacameño* y *El Amigo del País*.³⁵ El primer diario sostuvo en su editorial titulada *Llegando al fin* que

“El presidente que se ha mostrado rebelde a nuestras instituciones, creyéndose y declarándose independiente i superior del congreso por palabra i por actos patentes, no puede ni debe encontrar obediencia ni sumisión... cuanta falta de criterio y cuanto exceso de vanidad”.³⁶

Pero en la decidida línea de oposición a Balmaceda también es posible apreciar algunas propuestas “regionalistas” que dejan de manifiesto algunas tendencias autonómicas. En *El Atacameño*, por ejemplo, se agregó que Atacama había rechazado a Balmaceda por 6 votos, y reclamaron que su elección había sido producto de la “intervención de su antecesor.” Por otro lado, de acuerdo a su opinión, la provincia atacameña tendría una tradición opositora a cualquier tipo de autoritarismo.³⁷

Como en una parte importante de su historial, en dicho medio se defiende una determinada “identidad regional”, complementando a su argumento que

“... en Atacama, se resistió a la presión oficial para designar, por la intervención más desfachatada, sus senadores i sus diputados, en nombre de los principios de libertad, i bajo el programa de la Alianza Liberal, quedando los radicales, liberales unidos, vencidos pero con honra, en 1886.”³⁸

Una mirada distinta se ofreció en *La Reforma*, de propiedad del Partido Liberal serenense y ferviente partidario del presidente en ejercicio. Desde sus líneas se desprende que formaron parte de una burguesía hasta cierto punto “progresista”, anticentralista y regionalista, al menos en esta precisa coyuntura. De acuerdo a su visión, el desorden, “el desgobierno y el trastorno del país” lo provocaba “la oposición oligárquica de la metrópoli política y comercial de la República”, con lo cual de dejan de manifiesto la postura que mantendrá durante todo el conflicto.³⁹

Celebrando la ascensión del nuevo intendente regional, miembro del Partido Liberal, Antonio Brieba, una Editorial de *La Reforma* titulada *Inquietudes y Reformas* sostuvo que “Más de treinta años de paz pública y de verdadero bienestar del país, se han visto de súbito interrumpidos y hoy los chilenos vemos con profundo dolor que la patria atraviesa por momentos de verdaderas zozobras e inquietudes.”⁴⁰

³⁵ En un momento bastante previo a los acontecimientos, los conservadores sostenían que “el régimen no es legal”. *El Amigo del país*, Copiapó, 1 de enero de 1891.

³⁶ *El Atacameño*, Copiapó, 5 de enero de 1891.

³⁷ *El Atacameño*, Copiapó, 7 de enero de 1891.

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ *La Reforma*, La Serena, 5 de enero de 1891.

⁴⁰ *La Reforma*, La Serena, 8 de enero de 1891.

Los movimientos militares comenzaron tempranamente en las principales ciudades de la provincia coquimbana. Los medios indicaron que el gobierno habría enviado 300 hombres de caballería y que contaban con el apoyo de parte de la policía local. Sostuvieron que en todas las estaciones del trayecto, las tropas habían sido “entusiastamente vivadas por numerosos concursos de ciudadanos fieles a la administración legalmente constituida.”

La Provincia de Atacama, por otro lado, vivió una serie de confusiones durante los primeros días de enero. De acuerdo a *El Atacameño*, el intendente gobiernista Risopatrón cortó las comunicaciones para Copiapó, Caldera y Tierra Amarilla y giró 2 mil pesos de la intendencia para armar el batallón Zapadores, lo que consumó el 10 de enero con “245 soldados de tropa i 14 oficiales”. Por otro lado, había enviado a Caldera 120 hombres más a fin de resguardar el estratégico puerto.⁴¹ En todo caso, de acuerdo al periódico, “la actitud enérgica del pueblo de Copiapó ha sido digna de sus tradiciones”, refiriéndose a la supuesta resistencia de los revolucionarios.⁴²

La situación de la guerra civil en Atacama, merece calificarse como más inestable e incierta que la provincia sureña. Según *El Amigo del país*, un vapor del norte habría llegado a Caldera, por lo que este habría sido detenido y el capitán puesto en prisión. El Intendente Risopatrón habría decretado estado de sitio el 12 de enero, debido a la “reacción de carácter subversivo”.⁴³

Pero uno de los aspectos más visibles de esta supuesta “decadencia política” se ve reflejada también en la prensa local cuando se afirma que

“En Copiapó no se mueve una mosca: tenemos todos los días música i la jente permanece tranquila. Aquí reina verdadera calma... Copiapó verá con tranquilidad el desarrollo de las cosas i nadie moverá un pié.”⁴⁴

La casi nula participación de la población de los distritos mineros en los enfrentamientos, es una prueba tangible de su escasa movilización, continuidad tal vez de la frustrada huelga de 1890. Este fenómeno puede explicarse por la profunda debacle de las actividades mineras desde aproximadamente 1880.

La Provincia de Coquimbo, mostró una relativa excepción en esta línea, ya que estuvo 15 días ocupada por las fuerzas revolucionarias, para luego caer durante siete meses en manos del balmacedismo. El sábado 25 de enero, el Teniente Coronel representante de Balmaceda Tristan Stephan tomó Coquimbo y los departamentos de La Serena, Elqui, Coquimbo y Ovalle y se le nombró posteriormente “Intendente y Comandante Jeneral de Armas”. Es aquí donde el liberalismo serenense ofreció una mirada un tanto “populista” y dio a conocer una visión “social” de la revolución de 1891, de características similares a la

⁴¹ *El Atacameño*, Copiapó, 9 de enero de 1891.

⁴² *El Atacameño*, Copiapó, 12 de enero de 1891.

⁴³ *El Amigo del país*, Copiapó, 13 de enero de 1891.

⁴⁴ *Ibíd.*

que configuró durante sus pronunciamientos respecto a la huelga general de seis meses antes.

A fines de enero, por ejemplo, para retratar la llegada de las tropas de Stephan a Coquimbo, *La Reforma* sostuvo que

“A las cinco de la tarde, hora que se señalaba como fija para la llegada, los alrededores de la portada eran un enjambre humano. Todas las clases sociales se encontraban allí representadas: desde el humilde trabajador hasta el más encomiado magnate, todos esperaban impacientes el momento de poder manifestar su adhesión y de tributar sus aplausos al ejército.”⁴⁵

Los siete meses de ocupación balmacedista, que significó la prohibición de una serie de periódicos para poder circular libremente, entre ellos su contrincante radical *El Coquimbo*, no fue óbice para que los liberales se autoproclamaran portadores de ideas de avanzada.

Por ejemplo, durante el mes de febrero de 1891, los liberales balmacedistas de La Serena enfatizaron esta mirada, hasta cierto punto, progresista. Sostuvieron que la revolución estaba siendo protagonizada por los “caudillos centralistas de Santiago” y que buscaba abolir “las prácticas democráticas”. En este sentido, diferenciaban la revolución de 1859, que la consideraban democrática y la de 1891, que la catalogaban como “aristocrática.”⁴⁶

Mientras tanto, en una trinchera política opuesta, los radicales sostenían al finalizar la guerra que “...el terror estaba convertido en sistema de gobierno. Todos los derechos ciudadanos, i sobre la ruina completa de nuestras queridas libertades, conquistadas con rudos sacrificios en largos años de lucha, se alzaba el más cruel i ominoso de los despotismos”, los miembros del balmacedismo no trepidaron en discutir la tesis de la “dictadura”.⁴⁷

La Reforma justificó esas conductas sosteniendo que la inmensa mayoría provincial había sido partidaria del gobierno. En una editorial titulada *Los deberes de la situación* aclararon que

“Si es verdad que se han tenido que tomar algunas medidas enérgicas para asegurar la tranquilidad pública y consolidar el orden, no lo es menos que esas medidas están justificadas pues las convulsiones armadas como las guerras y las

⁴⁵ *La Reforma*, La Serena, 25 de enero de 1891.

⁴⁶ *La Reforma*, La Serena, 9 de febrero de 1891.

⁴⁷ *El Coquimbo*, La Serena, 8 de septiembre de 1891.

revoluciones que se ajitan en un país, tienen sus exigencias indispensables y a veces dolorosas.”⁴⁸

Las querellas de los opositores a Balmaceda eran tan permanentes debido a que se basaban en que los grados de violencia habían alcanzado niveles importantes, lo que se manifiesta en un bando dictado por el nuevo Intendente David Florentino el 7 de septiembre de 1891. Este indicaba que “toda persona que tenga armas i municiones de cualquiera clase deberá entregarlas en el término de cuarenta y ocho horas en el cuartel del Batallón Constitución 1º de línea... Los que no hicieren la entrega en el plazo indicado serán castigados con una multa de 500 pesos.”⁴⁹

No obstante, esto contrastaba con la aparente calma que se le imprimía a la zona desde los medios locales. Al igual que en el marco de la huelga general de 1890, se destacaba la “tranquilidad de la ciudad”. Incluso el periódico radical sentencia que más de 3000 personas se habrían agolpado a recibir al general congresista Holley, quien liberó la zona de la ocupación balmacedista.

Posteriormente se conocieron más casos de violencia en la Provincia de Coquimbo, pero que no alteran la relativa limitada influencia en el proceso global. Por ejemplo, de las torturas que habría recibido un miembro desertor del ejército constitucional, a quien le habrían dicho “vas a morir, perro opositor”. De acuerdo a este relato, estas vejaciones incluían un mes en la cárcel en un buque de la armada.⁵⁰

Después de la guerra civil, la imagen de “tranquilidad” se mantuvo para Coquimbo. Se supo de algunos procesamientos contra algunos militares y colaboradores del gobierno balmacedista, pero los medios no otorgan mayor información al respecto.

De lo que se sabe, no hubo fusilamientos de ningún tipo. En su informe el general Holley –encargado de la ocupación– sostuvo que “la única dificultad que ofreció el desarme de estas tropas i fue la resistencia que opusieron al principio, para su rendición, mientras no se le ajustaran sus haberes.”⁵¹ Incluso, el presidente de la Junta revolucionaria y futuro presidente de la nación, Jorge Montt, le envió un memorándum confirmando que la violencia fue en realidad una conducta relativa, sosteniendo que “... me es grato felicitar a V.E por la fortuna con que se llevó el desarme de aquel ejército i la pacificación de la provincia en que estaba radicado, evitando de esta manera nuevos derramamientos de sangre i contribuyendo al pronto i estable restablecimiento del orden i la tranquilidad pública.”⁵²

En consecuencia, si bien la guerra civil de 1891 tiene un desarrollo distinto en cada una de las provincias, obedece a un punto común: la relativa poca influencia de ambas regiones en el proceso general. Era, en definitiva, una muestra más de la decadencia de la

⁴⁸ *La Reforma*, La Serena, 25 de enero de 1891.

⁴⁹ *El Coquimbo*, La Serena, 8 de septiembre de 1891.

⁵⁰ *El Coquimbo*, La Serena, 6 de octubre de 1891.

⁵¹ *La Reforma*, La Serena, 10 de octubre de 1891.

⁵² *Ibíd.*

política en la región, que se mantuvo ajena a esta importante transformación institucional que experimentó el país.

Esta “decadencia política” por la cual atravesó el norte chico, tuvo una multiplicidad de efectos en la situación social de las provincias, como también en la actitud de sus representantes. Estos intentaron permanentemente, desde el nuevo régimen parlamentario, presionar por políticas públicas a fin de recuperar los territorios de la grave crisis económica.

LA VIOLENCIA SOCIAL Y LOS RECLAMOS POR POLÍTICAS PÚBLICAS. LAS DOS CARAS DE UNA DECADENCIA

Una de las caras más visibles de la profunda decadencia que experimentó el norte chico, lo constituye la masificación de la violencia como modo de resolución de conflictos. Desde 1880 al menos se aprecia en la región, especialmente en algunas localidades del interior de la provincia coquimbana y en las principales ciudades de Atacama, una pluralidad de manifestaciones de violencia, en particular de rasgo popular.⁵³

Desde el año 1892 es posible percatar en la prensa numerosas revueltas sociales, que se explicitaban especialmente en las grandes fiestas ciudadanas de signo popular. Comentando acerca de la Fiesta de Andacollo, por ejemplo, el corresponsal de *La Reforma*, dando a conocer un cierto “estado de ánimo” que rayaba en la decadencia, sostuvo en su reporte que

“¿Quién puede pasar alegre, dadas las condiciones especiales que se viven por acá? Las minas no ofrecen expectativa alguna, el comercio se halla paralizado y agonizante. Además, para el colmo de angustias y desgracias, han surgido toda clase de persecuciones contra los vecinos pacíficos y laboriosos industriales que no hicieron causa común con la revolución triunfante.”⁵⁴

Sería este “furor de turbas asalariadas”, de acuerdo al medio liberal, el causante del asesinato de Laureano Videla, un respetable vecino de la zona. Exclamando justicia por este hecho, el diario agregó que “creemos que el señor gobernador de Coquimbo, como asimismo la autoridad judicial de ese departamento, inspirándose en los sentimientos de justicia, de convivencia pacífica, ordenará a sus respectivos subalternos que presten a los habitantes de ese desgraciada subdelegación el amparo, la protección y las garantías de las leyes y el honor a todos los habitantes.”⁵⁵

Como es posible distinguir en la referencia anterior, si bien los sectores más lúcidos del liberalismo tuvieron un análisis integracionista de las tensiones sociales en algunos

⁵³ Igor Goicovic, “La Crisis de la Minería del Cobre y su Impacto en una Estructura Socio- Económica Local. Illapel, 1875-1890”, en *Revista Si Somos Americanos*, Volumen IV, Año 3, pp. 117-132.

⁵⁴ *La Reforma*, La Serena, 6 de enero de 1892.

⁵⁵ *Ibíd.*

aspectos, no dudaron en proponer el reestablecimiento del orden en aquellos sitios donde los actores populares ejercieron la violencia explícita frente a una elite local; este es otro indicio más de la profunda crisis que atravesaba la zona coquimbana del interior.

El otro periódico de la zona, *El Coquimbo*, también dejó entrever en sus opiniones el impacto de estas revueltas y asonadas. Estas se habrían extendido por lo menos hasta el mes de marzo de 1892.⁵⁶

El fenómeno del bandidismo, al menos en esa zona, continuó permanentemente por varias décadas. Hacia 1900, la prensa también indicaba que habrían ocurrido una serie de salteos en la zona de Ovalle, que incluían robos con violencia; dichas acciones estuvieron lideradas por Faustino Loreto, un famoso bandido que causó estragos en la zona de Vallenar, Copiapó, La Serena y Coquimbo, durante toda esta etapa.

Otra muestra del aumento de la criminalidad lo muestra la masificación de los aparatos represivos; así se construyeron en la zona nuevas cárceles en ciudades como Chañaral, La Serena, Illapel, Combarbalá, Coquimbo, Elqui y otras ciudades menores. Esto se discutió en el congreso nacional durante este mismo período. Incluso este elemento fue asimilado por el presidente Balmaceda, quien en un mensaje al parlamento sostuvo que “progresó la criminalidad y la población en las cárceles crece.”⁵⁷

Una nueva dimensión de la profunda crisis es la insistente petición por políticas públicas locales, que dejó entrever el aislamiento de la zona en un marco de fractura de la base económica de la zona.

En las décadas de 1890 y 1900 se reclamó con majadería por el progresivo abandono en el cual habrían caído las provincias en cuestión. Estos reclamos explicitan un primigenio “regionalismo”, que constantemente criticó las medidas tomadas desde la capital chilena. En un tono no exento de preocupación, uno de los periódicos sugirió que se debería

“dictar leyes destructoras de la centralización oligárquica que nos ahoga; fomentar y proteger las industrias nacionales; repartir entre todas las provincias, proporcionalmente a sus verdaderas necesidades, los recursos y entradas de la nación.”⁵⁸

Estas tensiones entre centro y periferia se reflejaron por cierto en el congreso nacional a través de una serie de debates y peticiones por iniciativas públicas.

Por ejemplo, el senador por Atacama, Joaquín Rodríguez Rozas, dio cuenta de un relativo aislamiento regional al criticar la protección del estado al gremio de jornaleros de Valparaíso. En una alocución al congreso sostuvo que

⁵⁶ *El Coquimbo*, La Serena, 2 de marzo de 1892.

⁵⁷ 29ª Sesión Ordinaria, Senado, 13 de agosto de 1890.

⁵⁸ *La Reforma*, La Serena, 18 de enero de 1892.

“... se ha observado en Valparaíso dicho reglamento, según el cual el comercio podía emplear cargadores libres para el embarque de ciertos artículos, pero no ha sucedido lo mismo en Coquimbo, Pisagua, Iquique y otros puertos, siendo de advertir que los gremios de jornaleros de estas ciudades han sido creados por ordenanzas recientes, que no descansan en lei alguna.”⁵⁹

El reclamo por el aislamiento de esas regiones nortinas se manifestó en una pluralidad de dimensiones. Otra vez en el Senado, el parlamentario Waldo Silva, miembro de la junta que derrocó a Balmaceda y representante de las provincias nortinas, expresó su descontento durante al menos toda esa década. En un debate que discutía la elevación de la concesión monetaria al Arzobispado de Santiago, Silva argumentó que

“Ahora se propone que se conceda estos 20.000 pesos anuales al Istmo. Arzobispo para atender a los gastos del culto en la Arquidiócesis de Santiago ¿Por qué esta preferencia respecto de Santiago? I a la diócesis de La Serena, de Ancud, de Concepción, ¿Nada de da?... Si hay verdadero interés en este proyecto debemos ser equitativos i auxiliar a las diócesis que más lo necesitan.”⁶⁰

Pero hubo una serie de iniciativas concretas que comenzaron a ser reclamadas por la oligarquía local que tenían una estrecha relación con el fin de la decadencia y la recuperación de las actividades mineras.

Sin duda la excesiva demora en la adquisición, por parte del Estado, del ferrocarril a Elqui representó una de las manifestaciones más palmarias de este aislamiento en el cual había caído la zona del norte chico entre las décadas de 1880 hasta pasados los años 1900.

El problema de la expropiación de los ferrocarriles de la provincia de Coquimbo llegó al propio parlamento nacional. Hacia diciembre de 1891, el intendente provincial envió una nota que el diputado local Ventura Blanco leyó ante el hemiciclo, y cuya parte central agregaba que

“una numerosa reunión de vecinos de Coquimbo y Elqui, más el gobernador de este último departamento, (solicitaron) al Congreso que se autorice al gobierno la expropiación del ferrocarril que une a estas dos ciudades.”⁶¹

Tres años más tarde el debate se intensificó en la cámara de diputados. Uno de los congresistas que con mayor fuerza estableció la defensa de los “intereses regionales”, fue el diputado por Elqui Guillermo Edwards, quien explicaba que

⁵⁹ 33° Sesión Ordinaria, Senado, 25 de agosto de 1890.

⁶⁰ 34° Sesión Ordinaria, Senado, 27 de agosto de 1890.

⁶¹ 18° Sesión ordinaria, Cámara de Diputados, 17 de diciembre de 1891.

“A causa de que las tarifas han ido subiendo á medida que el cambio ha ido bajando, la industria no ha prosperado sino que, por el contrario, ha decaído considerablemente. Por eso el estudio de los ferrocarriles en esa provincia se reclama urgentemente. La provincia de Coquimbo se encuentra en una condición grandemente desventajosa respecto de las provincias del sur; en todas estas las tarifas no han sufrido alteración alguna ó la han sufrido muy pequeñas. En aquella provincia, por el contrario, las tarifas, para dejar ganancia a las empresas, han tenido que subirse considerablemente.”⁶²

En la sesión se encontraba presente el ministro de Obras Públicas, quien si bien es cierto no descartó adquirirlo -o en su defecto construir una línea ferroviaria que uniera la ciudad de Ovalle y el puerto de Tongoy-, se excusó señalando que “no conocía bien” el proyecto que planteaba el diputado Edwards.

El problema de los ferrocarriles locales se trasformó de este modo en un recurrente tema de debate local, ya que se creía que esto constituía una de las potenciales soluciones a la crisis minera. Así y todo, los reclamos de extender algunas líneas ferroviarias continuaron durante muchos años.

A comienzos del mes de febrero de ese año 1900 se abrió de nuevo el debate y en ese sentido la prensa dio cuenta de esos conflictos. Por ejemplo, se sostuvo que “pueda que algún día veamos nuestros deseos, de ver marchar este suelo por un sendero de paz e industria, aunque lamentamos la poca actividad de nuestros representantes en el soberano congreso, para el pronto despacho de los presupuestos de tantos trabajos, como ser: la compra del ferrocarril a Elqui, que reportaría innumerables veneficios a esta provincia.”⁶³

Después se insistió en este punto, que se consideraba como la parte esencial de la profunda crisis que asoló al norte chico:

“Ha llegado, pues, el momento de acometer de frente la solución de un negocio que está llamado a ejercer decisiva influencia en el provenir de los departamentos de La Serena y Elqui. ¡Cuantos perjuicios habrá sufrido la industria y el comercio en los dos departamentos de Elqui y La Serena en tanto tiempo! ¡Cuanto habrá sufrido la clase pobre y trabajadora con el alza natural del precio de los artículos de consumo diario!”⁶⁴

⁶² 54° Sesión ordinaria, Cámara de Diputados, 22 de agosto de 1894.

⁶³ *La Reforma*, La Serena, 5 de febrero de 1892.

⁶⁴ *La Reforma*, La Serena, 15 de febrero de 1892.

Por lo menos, la polémica se mantuvo durante todo el año 1900. En ese momento, La Reforma se hizo parte de un fuerte reclamo del periódico local La Voz de Elqui y reclamó acerca de:

“el incalificable olvido de la Dirección de Obras Públicas en enviar los materiales necesarios. A pesar de los repetidos pedidos, tendrá necesariamente que retardar la terminación del ferrocarril, con cuyo retardo la empresa no solo es la perjudicada sino el público y el comercio en general. Las autoridades administrativas y nuestros representantes en el Congreso están en el deber de gestionar el pronto envío de los materiales necesarios para la terminación del ferrocarril mencionado...”⁶⁵

Para la Provincia atacameña, la situación tuvo un cariz similar. Una iniciativa que se discutió arduamente en la Cámara de Diputados, que contó incluso con la presencia en el hemiciclo del ministro de Obras Públicas Valdés Carrera, fue la omisión del proyecto que contemplaba la extensión del ferrocarril de Chañaral, desde Salado hasta la localidad de Pueblo Hundido.

El diputado local, Ismael Pérez Montt, agregaba que esta iniciativa

“... traería grandes beneficios a la industria minera de aquellas localidades. Los habitantes de Chañaral esperan con ansia la ejecución de esta obra, que dé algún aliento a la industria minera, tan abatida hoy.”⁶⁶

El ministro Valdés Carrera argumentó con una serie de razones para que el Estado no emprendiera tal negocio, dentro de la cual la más importante era que dicho ferrocarril “no daría ganancia alguna”, lo que lo trasformaría en una industria improductiva. Sin duda esto se relaciona directamente con la crisis minera y la incapacidad de generar ingresos estables.

Lo confirmó el propio representante del gobierno central, quien en un arduo debate con los congresistas regionales, argumentó que

“En Pueblo Hundido hai unas cuantas minas que por su estado de bronce no darían carga alguna al ferrocarril... cuyo costo se elevaría desde 250.000 a 300.000 pesos.”⁶⁷

El proyecto fue rechazado por amplia mayoría en el congreso nacional, lo que es una demostración más de lo desentendido del aparato estatal para con esta zona en

⁶⁵ *La Reforma*, La Serena, 26 de septiembre 1900.

⁶⁶ 35° Sesión extraordinaria, Cámara de Diputados, 21 de diciembre de 1889.

⁶⁷ *Ibíd.*

decadencia. El ministro abandonó la sesión prometiendo que el proyecto sería nuevamente considerado “cuando el estado de las minas mejore”.

Hacia noviembre de 1891 se generalizó la idea de construir un ferrocarril que uniera las provincias de Atacama con el territorio argentino, lo que, de acuerdo a los parlamentarios locales, traería múltiples beneficios para la región y el país en su conjunto; por ejemplo, la carne argentina, de acuerdo a sus promotores, se vendería a menor precio.

Para justificar la propuesta, el diputado por Atacama Carlos Robinet agregaba que “aquella provincia está hoy abatida, el ferrocarril de que me ocupo vendría a levantarla de la postración en que yace”.⁶⁸

El diputado continuó su discurso en el parlamento, recalcando el aporte que Atacama brindó al país en tiempos pretéritos. Textualmente sostuvo que

“Se trata, señor, de una línea que vá a unir el Atlántico al Pacífico, y que es urgente que se realice para devolver la vida y el progreso á la provincia de Atacama, y en general de todo Chile. La provincia de Atacama ha servido vivamente al progreso de este país. Durante años, esa provincia ha contribuido con su riqueza al progreso de la República, y cuando se paralizaron los trabajos de sus minas, en dos memorables circunstancias proveyó la sangre de sus hijos para salvar la integridad de la República y sus instituciones, contribución, sin duda más preciosa que el oro y la plata de sus minas.”⁶⁹

Pero las quejas “regionalistas” fueron más allá y abarcaron muchos más ámbitos que el ferrocarril, y se extendieron a factores tan sensibles como la educación en la provincia. En una editorial titulada *En bien de nuestra Serena* los liberales balmacedistas, bajo un cierto dejo “nostálgico” pero no por ello menos grave para los destinos provinciales, sentenciaron que

“Parte de las escuelas modelos iniciadas como proyecto durante la inolvidable administración Balmaceda, algunas de las escuelas rurales, y la creación y fomento de otras escuelas, corresponden eficazmente a los vivísimos anhelos de nuestra provincia...”⁷⁰

De esta manera, no solamente la decadencia alcanzó a la dimensión estrictamente política, en el sentido de la pérdida progresiva del impacto de antaño, sino que también las mismas bases estructurales se vieron progresivamente socavadas lo que se demuestra por

⁶⁸ 10° Sesión, Cámara de Diputados, 28 de noviembre de 1891.

⁶⁹ *Ibíd.*

⁷⁰ *La Reforma*, La Serena, 3 de octubre de 1900.

una parte, en la manifestación explícita de tensiones sociales y por otro, en la insistente petición por la aceleración de iniciativas que recuperasen a la zona de la profunda crisis.

LA DECADENCIA MINERA COMO BASE ESTRUCTURAL DE LA REALIDAD DEL NORTE CHICO

Es posible sostener que la base estructural desde donde arrancaron estos fenómenos de decadencia política y aislamiento regional, tengan una sola explicación, cual es, la profunda crisis de la minería, particularmente del cobre y la plata, que afectó al norte chico desde mediados de la década de 1870.

A la hora de caracterizar la crítica situación de las actividades relacionadas con la minería, una importante columna aparecida en *El Atacameño*, confirma esta crítica situación refiriéndose a “un verdadero abatimiento”.

Cuando se preguntan por las causas de la decadencia, el anónimo articulista no duda en relacionarla con aquel motor del desarrollo regional. La editorial sostuvo que la causa:

“La tenemos a la vista; i no es otra, que la gran baja del precio del cobre en el mercado europeo i el mejoramiento del cambio. Siendo Copiapó un pueblo esencialmente minero, i sobre todo, cobrero, pues esta industria está al alcance de todas las clases sociales, es evidente que su decadencia compromete no solo a mineros, sino también al comercio, que se mantiene i se desarrolla al calor de aquella.”⁷¹

De acuerdo a este análisis, la minería del cobre no sólo beneficiaba a una porción social limitada, sino que su influencia se extiende a todos los núcleos de la actividad regional. En la misma editorial, se reclamó arduamente por el alza de los artículos de consumo básico, la tarifa de los fletes de los ferrocarriles y la “ninguna protección que nuestros gobiernos i autoridades locales prestan a la industria minera.” Como es posible desprender, la crisis no sólo fue estrictamente económica, sino que también afectó la subsistencia de amplios sectores de la sociedad local. Quizás, una de las causas de los episodios de violencia estuvo relacionada estrechamente con el deterioro de la calidad de vida y sus bienes más básicos.

No solamente la actividad cuprífera experimentó una profunda crisis, sino que esta situación fue más bien generalizada. En cuanto a los minerales de plata, sostiene el medio, “el cuadro es aún más desolador. No hay una sola mina al presente que se encuentre siquiera en regular estado. Así es que la producción de esta pasta metálica, va haciéndose cada vez más reducida, i la poca que se esporta no es debida al desembolso de los capitalistas o de los mineros ricos, sino al esfuerzo i pertinacia de los menudos, vulgo: pecas.”⁷²

⁷¹ *El Atacameño*, Copiapó, 27 de noviembre de 1891.

⁷² *Ibíd.*

Un espacio fundamental de esta decidora crónica está dedicado a las potenciales políticas públicas necesarias para superar esta situación. Las soluciones que propone este segmento de la elite local, si bien es cierto es un problema que no entra en los límites de este trabajo, de todos modos es necesario sugerir para conocer más en profundidad las percepciones y miradas de algunos elementos de la sociedad local. Textualmente, indicaron lo siguiente al respecto:

“A nuestro humilde juicio, la única manera de levantar a este pueblo i su principal industria, la minería, del estado de postración en que se encuentra, seria, en primer término: la espropiación del ferro-carril de Copiapó; i mientras ésta llega, que el directorio de esta empresa, por su propia conveniencia i en resguardo de los intereses bien entendidos que representa, redujera sus tarifas de fletes y pasajes en condiciones de proteger a la minería, industria de la cual ha cosechado y cosecha sus mejores entradas.”⁷³

De este modo, el tono del cronista dejaba entrever una situación desesperada en referencia a la crítica situación local. Culminó sosteniendo, en clara alusión al Estado y el rol que debería jugar en este sentido, que se “espera que le tienda una mano protectora que lo salve”. En síntesis, la solución estaba en la misma dirección que la propuesta por los representantes de la Provincia de Coquimbo durante esos críticos años.

CONCLUSIÓN

La coyuntura política tratada en este artículo, que se extiende entre 1890 y 1891, se inserta en un período de más largo plazo que se podría datar entre 1880 y 1920 e incluso para una etapa posterior. Claramente, y de acuerdo a los testimonios disponibles, este largo período puede ser caracterizado como de decadencia económica, derivada del limitado impacto del motor del desarrollo local, la actividad minera.

Desde esa afirmación es posible establecer algunas conclusiones provisorias que permiten formarse un cuadro de la profunda crisis del norte chico. De acuerdo a las visiones de las elites políticas, opción metodológica asumida en el presente trabajo, es posible sostener que las provincias de Atacama y Coquimbo experimentaron una notoria decadencia política, como una consecuencia derivada de la crisis general que sufrió la región. Esto se expresa, en su forma más clara, en la nula influencia que ejercieron estas provincias en el proceso político general, tanto en la huelga general de 1890 y en la guerra civil que representó el fin del régimen balmacedista.

En el primero de estos fenómenos históricos, sorprende que un núcleo de trabajadores relativamente modernos no haya participado mayormente en el conflicto de julio de 1890. ¿Cómo es posible que un fenómeno huelguístico que se extendió desde el norte grande hasta Valparaíso haya “omitido” literalmente la influencia del norte chico?

⁷³ *Ibíd.*

Pues bien, una explicación al respecto se puede desprender del alicaído estado de la minería y de las actividades económicas que dependían de su desarrollo. Los trabajadores del norte chico, no tuvieron mayor interés o la fuerza organizacional necesaria para participar activamente en estos fenómenos.

La guerra civil de 1891 en las provincias analizadas reviste un interés en tanto distinto. ¿Tuvo en esta coyuntura el norte chico un interés similar al de los años cincuenta del siglo XIX? De acuerdo a los antecedentes manejados en este trabajo, claramente su influencia se manifestó muy por debajo de los grandes fenómenos que abrieron ciertos espacios de poder a núcleos nuevos de la sociedad chilena, como la guerra civil de 1859 y la fundación del radicalismo en 1863.

Otro de los elementos distintivos que se destacaron en las fuentes revisadas, se refiere a la presencia de miradas “regionalistas” que dejan implícitamente un relativo aislamiento de las provincias. Esta sensación se expresó muchas veces en críticas explícitas al centralismo nacional, lo que demuestra una vez más que la crisis tuvo un amplio radio de acción, hasta el punto de “culpar” a la oligarquía santiaguina de los potentes males regionales.

Esto es lo que explicaría por añadidura el reclamo por políticas públicas que beneficiasen a la región en su conjunto y principalmente al motor de desarrollo regional, la actividad minera, lo que se refleja desde una mirada más coyuntural en los discursos parlamentarios. La petición por ferrocarriles, exenciones tributarias y otros tipos de garantías fueron temas recurrentes en el hemicycleo parlamentario, donde los congresistas locales se enfrentaron muchas veces directamente con los representantes del estado central.

El problema histórico fundamental de este artículo es, entonces, que el relativo atraso político tiene una estrecha relación con el profundo rezago económico y social experimentado por las provincias al menos desde 1880. Esta hipótesis se sostiene aún más debido a que cuando su posición fue más “vanguardista”, políticamente hablando, la región en su conjunto atravesaba por una coyuntura económica- social de fortalecimiento de sus principales actividades económicas, lo que repercutió en el crecimiento urbano y la manifestación de ciertos rasgos de modernización. Cuando se expresó la crisis económica, sobrevino de inmediato la pérdida relativa del impacto político de las provincias de Atacama y Coquimbo.

Las constantes manifestaciones de violencia social en sus múltiples formas, puede considerarse otro elemento que deja dudas acerca de la situación de los actores populares, especialmente en la zona de Ovalle y los pueblos del interior de la provincia de Coquimbo. Sin perjuicio de que éste vértice tiene una importancia tangencial en este trabajo, se puede sostener con relativa propiedad que, al menos a través de los discursos de la prensa regional, este fue un problema esencial para la tranquilidad pública y en especial un tema de interés para las capas más acomodadas de la población. El carácter de los movimientos – carentes de organización estable y de un programa ideológico colectivo, al menos aparentemente- y la violencia que desataron en algunas ocasiones, es un indicador más de la inestabilidad de la sociedad regional.

Un elemento que se expresa a un nivel ya más visible es el referente a las clases populares y en especial a lo que ha sido denominado como “cuestión social”, en particular en la pequeña coyuntura de 1890 en el marco de la huelga general. En ese momento, las visiones que predominaron en el discurso de las elites partidarias –de organizaciones hasta cierto punto progresistas, como el radicalismo- tendió más bien hacia una mirada conservadora y negativa de los conflictos sociales. En ese sentido, las figuras ya permanentes de un discurso oligárquico como el “agitador” o el principio de la “defensa de la propiedad”, aparecen en todo su esplendor.

Pero también, en cierto momento, se hallan presentes los gérmenes de una visión más integradora de los problemas sociales, que hizo énfasis en el rol que debe ejercer la clase hegemónica para no radicalizar las tensiones y la fractura de la sociedad tradicional. Por ello, las elites se destacaron por tener miradas heterogéneas a la hora de hacerse cargo de las crecientes movilizaciones que asolaron al norte chico.

En síntesis, esta profunda crisis de la minería del cobre –pero también de la plata-, tuvo un correlato casi directo en las opiniones dadas por las elites políticas y sociales de la zona de Atacama y Coquimbo. Se constituyen como una “decadencia política”, en un momento donde la crisis económica es absoluta y el impacto general de la zona experimentó una desarticulación que se extendió por buena parte del siglo XX.